

Un poco panteísta  
giraste como un trompo  
sobre el mar de tu vida y tus prolijidades;  
y en el calostro sumiso  
de tu bohemia artista  
orabas franciscano sin comprender tus Aves. . .

Alguna vez la fuente  
de tus ojos secóse,  
y taumaturgo núbil, buscaste de las olas  
una gota de llanto:  
Fuensanta quedó muda,  
eran pocas aquellas para saciar tu numen.

Tu inspiración fue hermana  
de las tardes de lluvia;  
te hundiste en lo más hondo de la inquietud humana:  
místico pasajero  
abrigaba tu pecho  
un San Juan vagabundo y un Baudelaire disperso.

Tu soledad paseaba  
indolente en las sombras,  
esas sombras que fueron amigas de tu sangre;  
mientras tu pulso iba  
desnudando una idea,  
y un silbato lejano te dictaba algún nombre. . .

Bufón de tu tristeza  
la pintabas amarga,  
observando la cinta infantil de tu casa:  
cómo lloró tu musa  
al volver nuevamente:  
con un cirio en la mano te miró la ventana.

Gitano misterioso  
sin violín ni arracada,  
despertaste a la vida sensitivo a lo ausente:  
el pájaro curioso  
de tu ser prodigioso  
tuvo pasión de fuentes en que bebió la muerte.

Divisa de noctámbulo  
tu fúnebre presencia  
pintaba trayectoria de filósofo enfermo,  
mas oculto en la tela  
de tu aspecto severo  
Virgilio despertaba para hilvanar su juego.

Artista duplicado  
entre nota y compota  
que penetraste el sumun inmenso de tu cielo:  
fauno entre todos triste  
coronado de cera,  
que el diablo te perdone tus poemas más bellos. ♦

## Ofrendas de Canto y de Perfil

Por Marco Antonio Montes de Oca

Frente a frente  
De canto o de perfil  
Al sesgo  
O tan derecho, como el trazo  
De la raya que hipnotiza al ave  
Desde arriba o bocabajo  
La sola verdad de este momento  
También es la verdad eterna y sola.

La isla relincha y cocea  
—Quiere desatarse  
El verano me fumiga  
—Quiere ser sí mismo  
La llamarada se ausenta del pecho  
—Quiere lamer el desierto, columpiarse entre dos trinos petrifica-  
dos, atrapar mariposas de tul o ser la impune puerta de batiente que  
abofetea rostros de cristal. La patria en cambio arremete con la mi-  
rada en ristre un morro de pluma blanca y se coge la cabeza llena  
de muertos y se exprime los senos en que un rápido jugo de manda-  
rinas hiere al rocío con gotas más pequeñas todavía.

Siembro una chispa  
—Quiere ser aurora boreal  
Planto palomas  
—Quiere ser nubes ágiles, pasmo que ciñe al nenúfar, al nenúfar  
que va contra la corriente porque ya no desea el sexo vacío del re-  
molino imperioso  
La patria en cambio. . .  
Prefiere ser caricia lunar  
Un friso sensible  
Labrado por el paso del chuparrosa  
Estación de hombres  
Reposo de hombres  
Olla reluciente donde beba el mediodía  
Arado que penetre más bajo que el cuerno del rinoceronte  
Alicia en el país de los volcanes que vomitan trigo y orquídeas  
Ventisquero nupcial  
Bullicio entre naipes que hierven  
Donde la piedra ya no pueda ser aguja  
Pero sí lenguaje claro  
Otro lenguaje  
Centavo de luz cayendo  
En la escudilla que ya no tiembla  
Porque el pueblo se ajusta la calavera de azúcar habitada por un  
pensamiento fijo: la bella maroma que salta la cuerda sin rozar la  
historia y que se encoge y estira y blande por todas partes brazos  
de hojas en renuevo y suelta manantiales de cohetes que buscan el  
asombro apiñado de los niños  
Siembro una chispa  
Obtengo auroras boreales  
Planto palomas  
Pero cosecho nubes de otro planeta  
Y recibo picotazos de oro entre ceja y ceja  
En tanto que una lágrima joven  
Estalla en la vehemente alambrada de mis dientes  
O se detiene  
Pobre milagro de plata  
En cojines de terciopelo que el tiempo ha depilado.

López Velarde:

Todo lo supiste acomodar

En el jarro amarillo del instante:

Ahí los tréboles cabizbajos de la muerte

Ahí la virgen degollada

Por un sombrero iracundo

Ahí el pan bendito y sus coronas de algodón

Ahí mismo tantas cosas

Tantas electricidades sueltas

Minuciosamente acomodadas

En el jarro amarillo del instante.

Instante, energía cuya remoción de la sangre resulta imposible por cuanto ya se le asocia, con precisión y capricho, al son interno, al ruido del ser que establece el feudo extravagante en que un embrión, cuanto más se desarrolla, más embrión parece. Oh cielos en guerra: es cosa cierta que todo camino hacia los astros conduce al corazón del agua.

Agua primordial que el profeta mueve

Desde el molino transparente del poema.

Son soles tus versos

Y sin quemar el papel

Se la pasan centelleando

Son soles de medianoche

Brillan y se esconden brillan y se esconden

Sístoles de lumbre

Diástoles de yerba remansada

Dardos a caballo son tus versos

Echan a volar aldabones

Como palomas de hierro

Pernocetan cráneo adentro

O viajan por un puente de crepúsculos:

Son versos tejidos en claroscuro

Imensas camisas para el aire

Cuyo esponjado monograma es alto como un casa.

La casa del hombre pocas veces contiene un atrio y mármoles en torno; en México suele ser choza magra ceñida por cinturones de nopales. A ella nos metemos ebrios de sed, hartos hasta la coronilla de la luz y de la sombra. No buscamos ni encontramos. Conformes con la forma deponemos la pesquisa, soñamos agua a cántaros, agua y aire y restitución a cántaros. Mas lo que abunda es sólo polvo, terregales que brillan como una coronilla afeitada, promiscuidad del asno con el estiércol y la rata, cerros al rape mondados por la ancha lengua de un mediodía en que hasta el jaguar se espina y sale huyendo.

"Yo anhelo expulsar de mí

—Decía López Velarde—

Cualquier palabra

Cualquier sílaba

Que no nazca

De la combustión de todos mis huesos."

Te preocuparon la liendre y el león

Toda la noche te matabas

Sacándole chispas al idioma

Cordilleras a lo liso

Y treguas de nieve negra

A la piedra boquiabierta

Toda la noche de la infinita vida

Te la pasaste yendo y viniendo

De ti mismo a ti mismo

Boomerang que vuela con un ala

Y regresa con la espuma del sol

Escurriendo entre el pico fatigado.

Célibe huracán en busca de la noche:

Hablabas y hablabas

Con la claridad de una torre

Que mira y sonríe por la misma ventana

Torre indulgente

Hablabas y decías

Como quien sopla desde la raíz

Palabras y frutos navideños.

Patria

Ni cabe duda

Tú eres el aroma

Y nosotros la selva

Tú eres la selva

Y nosotros no somos el aroma

Por ti la eternidad impávida

Se incorpora y aprende a sonreír

Préstale ahora la flauta amarilla

Que no ahuecó la mano

Sino el grito

Esa flauta amarilla

Esa vara milagrosa

Que en todo momento

Nos vuelve magos.

Aquí nos tienes en carne viva y muerta

Aquí estoy

Crucificado entre dos magueyes

Desde aquí te vemos

Con un ojo que llora miel delgada

Y otro que suda vitriolo silencioso

Somos una contradicción andando

El lápiz bicolor

Que ya no quiere

Pintar de negro con ambas puntas.

Principiaba el siglo

Había gloria entre las hojas

Ruidos de liebre

Risas en los corredores

Púdicos fantasmas que se apagaban y prendían

Al tiempo que la lámpara y su roja colmena:

Para surtir a la corte porfirista el territorio nacional aportó hasta

su última abeja. No había cómo satisfacer a tanto hocico relamido

y relamiente. Se precisaba miel para el rostro de la debutante se-

xual, miel para el oso familiar, miel para compotas que devoraba

la infinita prole vestida de terciopelo por institutrices extranjeras.

Miel para esto y miel para todo. Miel para atuzarse los bigotes y

acreecer poderes seminales. Dorada miel espesa en la conversación,

las fresas y los higos.

Y no pudo la patria con tanta melaza abominable:

Los dientes de la granada

Por un momento lucharon contra el diente real

Vino la cascada de granos al rojo vivo

Vino el despeñamiento

Y el reinado ciego del estupro y la pólvora

El pueblo blandía llamaradas sin fin

Lanzaba ceniza

Tomando al pirú por los hombros y agitándolo

Hasta cubrir el suelo

Con alfombras de frutos minuciosos.

El pueblo alargaba en su cabellera

Manojos de enardecidos látigos

¡Cuánta espalda criminal conoció su mordedura!

¡Cuánto pecho casi negro!

Igual que una pizarra

Se cubrió de jeroglíficos

Y cicatrices parpadeantes!  
 La patria jardín de la paradoja  
 Olvidó bahías azuladas por lentos heliotropos  
 Un extraño follaje le impedía ver  
 Las ondulaciones de sus piernas  
 Y el delicado angostamiento de su mano  
 Estaba loca la patria de furor y de tristeza  
 Se mesaba todos sus árboles  
 Y arrojaba por el costado roto  
 Su cólera tasada  
 En millones y millones de relámpagos  
 No le parecía buena tanta muerte  
 Ni le parecía bien tanta injusticia  
 Por eso unió a todos sus hombres en una sola bola purulenta y la  
 soltó cuesta abajo arrasando construcciones de la encomienda y de  
 la infamia.

Sobre la I  
 se posa el punto  
 Y sobre el nopal  
 Se detiene un águila  
 Sobre la mujer  
 Se posa el cántaro  
 Y sobre un dedo humedecido  
 Encalla la dirección del viento  
 Sobre la foca  
 Se posan burbujas  
 Y sobre la planta a medias calcinada  
 Estalla el dulce quinqué de una tuna  
 Sobre cabellos terrestres  
 Se posa un poco de escarcha  
 Pero sobre la patria  
 No se posa nada.

López Velarde:  
 En cada estrofa tuya  
 Hay un tigre que se agrupa en vísperas del salto  
 Hay un ave que como el pájaro de Brancussi  
 Se afila y se afila  
 Hasta volverse plegaria  
 Y materia de la materia que persigue.

Nacer nación nacimiento  
 Oleaje sonámbulo  
 Dedazo de agua fresca  
 En la frente aletargada  
 Profecía que se alumbraba a sí misma  
 Con estables luciérnagas de piedra  
 Mota de polvo en la balanza inmóvil  
 No eres lluvia ni memoria  
 Viento sí que canta claro  
 Por fin vamos a romper esta cáscara de siglos  
 Nacer nación nacimiento  
 El rifle que disparaba  
 contra la gaviota  
 Comienza a disparar gaviotas  
 Nacer nación nacimiento  
 La hora deparada  
 En la claridad estalla  
 Como una piñata de jazmines.

Me duerme tu calor sagrado  
 Me siento bien bajo el follaje de manglares  
 Me siento bien

Estoy bien sentado  
 En las piedras que me conceden posada  
 Desde San Luis a la frontera  
 Estoy bien en todas partes  
 Esta es mi patria  
 Y yo la amo.

Después de tanto  
 Surgen presagios y completas denticiones  
 Señales de acuerdo  
 Entre el pensamiento y su soledad vertiginosa  
 Cuarteaduras en la puerta condenada  
 Fisuras en el muro del no y del nunca  
 Arietes que abren la eterna catacumba  
 Diáfanas preguntas que al fin preguntan  
 Por el otro lado de la otra orilla.

El espíritu de todo peregrinaje real, movido por justa prisa, redobla su ignición y se orienta, murciélago súbito, entre la penumbra fija o la negrura de la historia. La desmesura del labio se alarga hacia un espejismo de uvas y laureles cantantes. Se cavan órbitas subterráneas con pujidos sanguinolentos, se avanza y retrocede entre enjambres atávicos pero luego resulta que tanta enjundia insomne debió ser aplicada en el esclarecimiento de la ruta antípoda. Mas no todo termina en un cresterío de lava o dragones convulsos. La piragua arde en la pira del agua, su persistencia, hecha del metal que abrió el mar rojo, en sí misma se pliega para oír el canto en ascuas de una indestructible caracola interior. De nuevo la embarcación obstinada atiranta sus juntas y sus débiles bordes de caña se endurecen. Mientras la humanidad madura el porvenir se cuece. ¿Vale la pena tanta pena? Hasta donde yo sé la patria es enemiga de la abolición del sueño. El camino está aquí, apoyando en el hombro como una pizca de viento dormido. Su rumor ordena presencias y manadas de recuerdos. Horas días y años se hundan para volver a nacer en la imagen del mundo con banderas mojadas en el alba. El camino somos tú y yo: otros y nosotros: otros nosotros que son los mismos para siempre.

Y tú poeta  
 Poeta de la luz bien empuñada  
 Y bien blandida  
 ¡Deja que te salude con el fervor  
 de un niño  
 Que estrena sangre nueva!  
 No sé con quién andas  
 Pero sé quién eres  
 Y te celebro entre cipreses  
 Que también llevan la falda  
 Corrida hasta el huesito.

Fuiste a un tiempo  
 La zarpa de la pluma  
 El grito de la nota en el incendio  
 Y el pentagrama rojo del zarpazo:  
 Fuiste a un tiempo el tiempo todo  
 Voz que se mueve entre las ramas  
 Clarinada amarilla  
 Que anuncia el arribo  
 De nuestro propio espíritu  
 A nuestro propio cuerpo.

Para ti la palma del martirio  
 Y la de talle nervioso  
 Y la de quieto mármol  
 Y la que se abre  
 Al beso de la centella blanca  
 Y la invisible y recién nacida  
 En que el rocío del ojo  
 Abre a su vez  
 Otro mundo de nuevos ojos.

Oh que el sueño sea cierto  
 Y la patria diamantina y humillada  
 La patria impecable y traicionada  
 Vuele con tus metáforas  
 Entre torrentadas de blancor  
 Y pájaros que chorrean  
 Harina o viento claro:  
 Polvo apenas polvo  
 De la estrella asida entre tus dedos  
 Y desmoronada entre nosotros. ♦